

TÍTULO

El concepto de inconsciente en neurociencias y en psicoanálisis

TITLE

The concept of the unconscious in neuroscience and psychoanalysis

AUTOR

Marco Máximo Balzarini

RESUMEN

Actualmente grandes neurocientíficos están afirmando que el concepto freudiano de inconsciente puede ser explicado con rigurosidad neuronal. Es decir, una gran parte de las neurociencias está volviendo a Freud para argumentar la combinación inconsciente-cerebro. ¿Qué consecuencias puede tener esto para la práctica psicoanalítica? El objetivo de este artículo es diferenciar las concepciones de inconsciente del neuropsicoanálisis y del psicoanálisis de orientación lacaniana. Se enmarca en el enfoque de metodología cualitativa, diseño de análisis de contenido, situado en el Seminario 11 de Lacan desde el cual identificamos y describimos concepciones respecto del inconsciente y las ponemos en tensión con algunas concepciones que las neurociencias tienen respecto del inconsciente en sus vínculos con la plasticidad neuronal. La pregunta es, ¿cómo se diferencian el inconsciente reinventado por Lacan a partir de 1964 ante el inconsciente que conciben algunos representantes de las neurociencias psicoanalíticas actuales? Esta pregunta contiene una afirmación: hay diferencias. Es la hipótesis que vamos a probar.

PALABRAS CLAVE

inconsciente, Lacan, Seminario 11, neurociencias, plasticidad neuronal

SUMMARY

Currently, great neuroscientists are affirming that the Freudian concept of the unconscious can be explained with neuronal rigor. That is, a large part of neuroscience is returning to Freud to argue the unconscious-brain combination. What consequences might this have for psychoanalytic practice? The objective of this article is to differentiate the conceptions of the unconscious from neuropsychanalysis and Lacanian-oriented psychoanalysis. It is framed in the qualitative methodology approach, content analysis design, located in Lacan's Seminar 11 from which we identify and describe conceptions regarding the unconscious and put them in tension with some conceptions that neurosciences have regarding the unconscious in its links with neuronal plasticity. The question is, how is the unconscious reinvented by Lacan from 1964 different from the unconscious conceived by some representatives of current psychoanalytic neurosciences? This question contains a statement: there are differences. It is the hypothesis that we are going to test.

KEYWORDS

unconscious, Lacan, Seminar 11, neurosciences, neuronal plasticity

METODOLOGÍA

Esta investigación se enmarca en un enfoque cualitativo. Marshall y Rossman (1999) señalan que para estudios cualitativos se trata de una aproximación al campo de los fenómenos sociales, pero no de manera amplia, sino de una acotada aproximación al estudio de un tema restringido. Una investigación cualitativa, indican Whittemore, Chase y Mandle (2001), privilegia la profundidad sobre la amplitud, esto es no intentará captar los sutiles matices de las experiencias vitales y singulares. Como señala Noguero (2002), el modelo cualitativo se caracteriza, entre otras cosas, porque no suele probar hipótesis, sino que genera teoría. Otra característica de la metodología cualitativa es que se basa en el uso de categorías. Según Berelson (1952), las categorías deben ser exclusivas, es decir, un mismo elemento del contenido no puede ser clasificado de manera aleatoria en otras categorías diferentes. La categoría será el concepto de inconsciente y será analizada desde al menos dos dimensiones que por cierto no son susceptibles de medición, y que van a servir para clasificar o agrupar según ellas las diversas unidades portadoras de información, es decir, los datos. Determinar las unidades es delimitarlas, definirlas, lo cual implica su separación, sus límites y su análisis (Krippendorff, 1997).

Dentro de este enfoque el diseño adoptado en este artículo es el del análisis de contenido, cuya principal característica, señalan Noguero y Berelson, es la inferencia. El análisis de contenido es una técnica que intenta reducir los fenómenos a la esencia, y convertirla a esta en dato lógico, llevarla a una representación escrita que, por sus reglas, pueda comunicarse. En tanto que técnica de ruptura y extracción de lo esencial, el análisis de contenido se sitúa en el ámbito de la investigación descriptiva. Esta pretende, sobretodo, descubrir los componentes básicos de un fenómeno determinado extrayéndolos de un contenido dado a través de un proceso que se caracteriza por el rigor del razonamiento, en tanto que el tipo de análisis es el de las ideas; si fuera el tipo de análisis material el intento de rigor estaría dado por la medición (Noguero, 2002).

Lo descriptivo requiere de lo analítico. De lo que se trata, siguiendo a Lalonde (1960), es de considerar el análisis como la descomposición de un todo en sus partes. Existen descomposiciones de dos tipos: materiales e ideales. En el tipo de separación material hay un objeto externo que

sufre un proceso de descomposición, como ocurre en la ciencia química. En el tipo de separación ideal, hay una idea que sufre tal proceso, que entonces se localiza en la mente del analizador. Como señala Giner (1975), el análisis se opone lógicamente a la síntesis, ya que ésta consiste en la composición ordenada de los elementos diferentes de un todo, o sea, se basa en una operación contraria a la analítica. En la síntesis se mezclan los elementos, indiferenciados, lo que puede dar dispersión, distorsión, deformación, tergiversación, incluso falsedad en los resultados. Por eso, sintetizar es lo contrario a describir. Se ve la proximidad entre descriptivo y analítico, términos que orientaron la metodología de trabajo cuyos resultados se vuelcan en este artículo.

INTRODUCCIÓN

Los años comprendidos entre 1890 y 1900 fueron perfilando el final de una década políticamente conmovida y al mismo tiempo el inicio de un descubrimiento también conmovedor, nos referimos al encuentro entre Freud y la histeria, encuentro cuyo resto fue la conceptualización del inconsciente. A partir de ahí Freud descubre un cuerpo no biológico, un cuerpo enfermo de la verdad capturada en las palabras, lo cual constituyó un hito que, al menos, dejó demostrado que el inconsciente permanece excluido del abordaje de las ciencias médicas, o que es en la separación con estas que surge el concepto esencial y fundador del psicoanálisis: el inconsciente.

El año 1920 es el signo de esta separación. El principio básico de la biología dice que que todo ser vivo tiende al equilibrio nervioso y que todo lo que hace el ser vivo está dirigido por el fin de la sobrevivencia de la especie. El más allá del principio de placer refuta absolutamente este principio de la biología. Freud revela que ese sueño del bienestar en la vida humana es irrealizable y opera un cambio en su teorización cuyo resto es una pequeña dificultad: la de hacer coincidir este concepto de inconsciente con el universal de la biología. Se trata, como veremos, de la dificultad que constituye a la lógica que lleva la ética misma del psicoanálisis. Más adelante, en los años 1950 el concepto de inconsciente no solo jalona el retorno de Lacan a Freud, sino que permite ir más allá de

él. Además de proponer la re lectura de Freud, que había sido dejada de lado, Lacan advierte las desviaciones en las interpretaciones de los textos freudianos, de lo cual se desprende una renovación de los fundamentos de la teoría y de la práctica psicoanalítica que revela la imposibilidad de colocar su concepto en relación con el determinismo biológico.

Sin embargo, en la actualidad, y es lo que demostraremos en este artículo, una gran parte de las neurociencias está defendiendo la tesis de la combinación cerebro e inconsciente, lo cual ubica al psicoanálisis en un estado previo al descubrimiento del más allá del principio de placer. Lo novedoso es que esta tesis parece encantar a investigadores que se nombran psicoanalistas.

Nuestra propuesta es explorar algunas concepciones de inconsciente en el Lacan del Seminario 11 y contrastarla con las concepciones de algunos eminentes neurocientíficos como John Dall`Aglia, Ariane Bazán, Éric Kandel, Mark Solms, Stanislas Dehaene, Adrian Jonhston, Jonathan Redmond, Marcia Davidovich, Monah Winograd, Pierre Magistretti y Francòise Ansermet, los cuales han sido seleccionados porque representan concepciones de diversos países del mundo, para demostrar que se trata de dos maneras distintas de concebir el descubrimiento freudiano y por tanto dos maneras distintas de interpretar la clínica. En efecto, el psicoanálisis y las neurociencias son, como indica Kuhn (1964), dos matrices disciplinares que no pueden medirse, que no suponen un progreso, no se pueden comparar, son dos “modos inconmensurables de ver el mundo y de practicar en él las ciencias” (p. 25) y “los defensores de teorías inconmensurables no pueden comunicarse entre sí, en absoluto” (p. 303). Es lo que vamos a demostrar.

EL INCONSCIENTE NEUROCIENTÍFICO...

Las recientes investigaciones en neurociencias han dado un giro decisivo a partir del concepto de neuroplasticidad. Neuroplasticidad significa que el cerebro cambia según la experiencia individual, que el cerebro está naturalmente (es decir, genéticamente) programado para estar abierto a influencias antinaturales (es decir, no genéticamente programadas). La epigenética, sistemas que controlan el alcance de la expresión génica,

extiende esta lógica más allá de la ontogenia. Las experiencias ambientales pueden codificarse en efectos epigenéticos en el individuo e incluso en la descendencia del individuo. El mundo social puede así deformar las pautas genéticas del cerebro, impensable sin las historias ambientales que lo configuran. De este modo la epigenética revela un indeterminismo genético que va contra la determinación de la programación por la naturaleza para volver a programar por medio de la crianza. La herramienta clave para esto es la neuroplasticidad, uno de los principales conductos a través del cual el cuerpo endógeno es desnaturalizado más allá de lo biológico (Jonhston, 2013; Dall`Aglío, 2020b; Ansermet y Magistretti, 2006).

En este sentido, Françoise Ansermet, miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, junto con Pierre Magistretti, neurobiólogo de importancia mundial, han realizado un gran trabajo titulado “A cada cual su cerebro” donde demuestran el vínculo entre experiencia y plasticidad neuronal. Dichos autores intentan demostrar la neurofisiología del inconsciente mientras sostienen la tesis de que el cerebro permanece abierto a la experiencia y que esa experiencia modifica el cerebro y modifica el inconsciente. Parten de la idea de que el sistema nervioso central es algo totalmente maleable y lo apoyan en el concepto de plasticidad neuronal, proveniente de la biología, desde el cual el psicoanálisis compartiría un origen con esta. Bajo la idea de que el cerebro no es algo cerrado e inmutable, sino en constante cambio y que la experiencia psíquica deja una huella en el cerebro, la plasticidad admitiría que la experiencia puede inscribirse en la red neuronal (Ansermet y Magistretti, 2006; Kandel, Schwartz y Jessel, 2001).

Un acontecimiento vivido en un momento dado se marca al instante pudiendo persistir tal como está, como una suerte de encarnación del tiempo, mientras que puede modificarse, al asociarse con otras huellas. En este sentido, Ansermet y Magistretti (cit. Dall`Aglío, 2020a; 2020b) subrayan que la neuroplasticidad abre una “brecha” entre el cerebro, la subjetividad y su entorno. Los autores atacan la idea de que recibimos una genética y un significado ya dado al afirmar que el cerebro está abierto. Con lo cual dicen que se aproximan a la idea lacaniana de que no nacemos con un cuerpo. Asimismo, John Dall`Aglío, desde la Universidad de Duquesne en Estados Unidos, afirma: “el organismo como unidad organizada no existe desde el nacimiento” (2020b, p. 717). Con

esta perspectiva los autores dicen que han recuperado el valor del Otro social y esperan aliviar así las objeciones antirreduccionistas provenientes del psicoanálisis.

También en esta dirección, Éric Kandel, neurocientífico estadounidense que ha recibido un premio Nobel en el año 2000 por haber contribuido a los estudios de la neurofisiología al comprobar la relación entre la memoria y la neuroplasticidad sináptica en una especie de caracol y de ratón (Kandel, 2001b; 2009a), pudo establecer ciertos principios de la mente, entre los cuales la cualidad plástica de las neuronas modifica el cerebro. Si el cerebro es genéticamente indeterminado no es unidad rígida, preformada, sino que “puede cambiar de propiedad en función de su estado de actividad” (Changeux, cit. Castanet, 2023, p. 62). ¿Qué valor tiene esto para la biología? Que parece que sale de la fijeza para pasar a la movilidad, porque la “neurona ya no es aprehendida en su unicidad celular, sino en su conectividad con las otras neuronas” (p. 63). En realidad lo que nos traen estos autores es la descripción de un cerebro que puede moldearse a partir de nuevas conexiones sinápticas, por ejemplo lo podemos pensar en los niños que van a la escuela y que vienen cada día con cosas nuevas, es decir ya no son los mismos. Para esta perspectiva la huella de memoria es la inscripción material de la experiencia “dentro” del cerebro. Es decir, la estructuración cerebral es el reflejo íntimo de la experiencia. Nada de flexibilidad ahí. El dilema entre naturaleza y cultura quedaría superado porque la materialidad de la imagen mental no se puede poner en duda (Castanet, 2023).

Como se puede notar no salen de la fijación. Todo es “dentro” del cerebro. Se nace con un cerebro inmaduro, dotado de gran plasticidad, nuevas huellas se van creando, nada es fijo en la neurona (Dehaene, 2015), lo cual permite modificar no solo la referencia traumática, sino también, y este es otro de los principios que establece Kandel, la genética. Es algo que Ansermet y Magistretti (2006) demuestran, el vínculo entre la experiencia y la plasticidad neuronal, definiendo huella sináptica como representación de una experiencia específica del mundo exterior. Ellos sostienen que el cerebro permanece abierto a la experiencia y que esa experiencia, cada día, modifica el cerebro y también el inconsciente. Su tesis es que el cerebro puede modificarse a partir de cualquier experiencia lo que demuestra la neurofisiología del inconsciente.

Ahora bien, si el sujeto inscribiera y clasificara toda la realidad, toda literalmente, sería un disco duro de almacenamiento ilimitado. Precisamente lo inconsciente nada tiene que ver con eso. Lo que Freud nombra inconsciente es la huella que no se inscribió, es lo que se ha borrado de la huella que dejó alguna vivencia de satisfacción, lo que queda irremediabilmente en pérdida. “La huella de la percepción está inscrita en ningún lugar. El inconsciente es precisamente la falta de esta huella, no la huella de algo que sucedió” (Bassols, 2011a, p. 98; 2011b). Es por eso que hablar tiene nada que ver con la memoria porque al hablar uno crea la lengua (Miller, 2014b). De lo contrario, la vida sería puro dolor subjetivo.

Un ejemplo de esto lo encontramos en el cuento “Funes, el memorioso”, donde Borges describe el sufrimiento de quien todo lo recuerda o de quien no puede olvidar. Funes es como el teclado de una máquina al que le han quitado la tecla delete. “Es un sujeto que va guardando en su memoria todo lo que percibe, todo lo que piensa y experimenta desde su nacimiento, con el terrible problema de que nada puede olvidar” (Bassols, 2011a, pp. 98-99). La tortura de no poder olvidar, de que memoria y percepción no se excluyen, es que ahí el significante no ha operado. Finalmente Funes pide olvidar, “pide un poco de inconsciente, pide que el lenguaje le permita separarse de lo real” (p. 99). En efecto, el recuerdo implica un sujeto. Las huellas no se recuperan, se elaboran por un sujeto. La diferencia entre percepción y memoria que Freud escribía en sus primeras cartas supone un sujeto. Localizar el inconsciente en la memoria, accesible por la plasticidad, es rechazarlo en tanto que ya no estaría en devenir (Cuñat, 2019).

Las neurociencias argumentan que con esta noción de neuroplasticidad han superado el modelo genético (programa fijo) hacia el modelo de la modificación. Pero ya en el siglo diecinueve, por la acción intelectual de Darwin, se admitía que el ser que se adapta al ambiente, es decir el ser que produce cambios en su biología, podría sobrevivir. La selección natural comprueba que el genotipo de un ser vivo evoluciona a partir de la experiencia con el ambiente. Lo novedoso es que la selección natural ahora se apoya en Freud. Ansermet y Magistretti (2006) afirman que Freud comprendió el papel de esta plasticidad en mecanismos del aprendizaje y que tomó huella mnémica como correlato de la percepción. Los autores leen en “Carta 52” cuando dicen que entre ambos extremos,

percepción y conciencia, hay una serie de transcripciones sucesivas que constituyen el inconsciente. Dichas transcripciones, sostienen los autores, son efectuadas por los mecanismos de la plasticidad sináptica al modo de una imagen que encadena con otra por la información que recibe de los sentidos. Tal encadenamiento neuronal reactivaría la memoria. No se trata de la rigurosidad errante que Lacan le da al encadenamiento por la vía del significante, sino de un apresamiento inequívoco en redes de neuronas, coaguladas unas en otras, que reactiva, sin pérdidas, la imagen mnémica. Es una huella positiva, objetivamente observable, mientras que para Lacan (2009k; 2007) la huella es negativa dado que remite a su ausencia siendo el significante el signo de esa ausencia; cuanto más se intenta borrar esa huella más insiste la huella como significante. Sin embargo, para Ansermet y Magistretti (2006), el inconsciente está en relación de correspondencia con la percepción sensorial; huella, signo de percepción y representación serían, según dichos autores, conceptos equivalentes:

De esta forma, cuando el cerebro percibe e inscribe bajo forma de huella las estimulaciones provenientes del mundo exterior, que conducen a la construcción de una huella psíquica (transcripción de una realidad externa), entonces puede existir correspondencia entre la huella (significante) y la realidad externa (significado): el significante se corresponde con el significado. Esta correspondencia, que es de naturaleza consciente y que revela procesos cognitivos, constituye la base que permite ubicarnos en diferentes puntos de la realidad. (p. 94).

La relación biunívoca significante-significado implica que hay un solo nombre para cada cosa y una sola cosa para cada nombre. Por el contrario, para Lacan el significante permite nombrar y nombrar es crear. El uso que hacemos del significante es para engañar respecto de lo que ha de ser significado porque el significado siempre está desaparecido. Mientras dichos autores afirman que para Lacan el significante y la huella sináptica se corresponden, es decir no hay engaños. Así, la plasticidad neuronal permitiría que el sujeto pueda intervenir por vía mnésica sobre su inconsciente, se conecte con su memoria, se haga unidad con esta, ¡entonces el sujeto *es* su memoria! Así lo exclama Dehaene (cit. Simonet, 2019): “¡Pero nosotros somos nuestro cerebro, por supuesto!” (p. 8). La certeza de la identificación. En tal sentido, Ariane Bazan (2011),

investigadora líder en neuropsicoanálisis, doctora en biología, doctora en psicología, y profesora de psicología clínica de la Universidad de Bruselas Bélgica, sostiene que cuando alguien habla no hay intervalo entre palabras, porque la palabra es directamente el sujeto: “En el lenguaje hablado no hay pausas entre las palabras” (p. 167). Es decir, para esta autora, cuando alguien habla, habla la memoria, por lo tanto con esfuerzo mnémico se alcanzaría lo inconsciente, con el significante se llegaría al significado.

Esta perspectiva supone que el inconsciente estaría en la conciencia, solo habría que identificarlo. En efecto, afirma Kandel: “Una de las ideas más sorprendentes que emergen del estudio moderno de los estados de conciencia es que Sigmund Freud tenía razón: no podemos entender la conciencia sin comprender que los procesos mentales inconscientes complejos impregnan el pensamiento consciente” (2018, p. 362). Traduzcamos esto aquí: la conciencia se entrena para no ser excluida por la memoria. Es el punto de vista de Ellis y Beck (Ellis, 2000; Beck, Rush, Shaw y Emery, 1983), principales figuras del modelo cognitivo para quienes la tarea del terapeuta es entrenar mientras que al paciente le queda comprender y colaborar. De ahí los métodos de autoconocimiento o autoayuda, sostenidos en esta idea de correspondencia. Por ejemplo se le pide al paciente que haga un listado de las cosas que quiere hacer, que le gustan y que no o de las razones para vivir. El deseo puede ser dicho. Todo lo contrario a Freud, que decía que el deseo inconsciente es reprimido.

Por su parte, Davidovich y Winograd (2010) indican que la integración memoria e inconsciente es posible porque los mecanismos cerebrales y los procesos singulares están intrínsecamente interconectados. Esto es: la memoria recupera todo, sin escansiones. Ahora bien, ¿qué distingue esta idea del preconsciente? Kandel dice que no habría diferencias: “[...] el lóbulo temporal almacena un tipo particular de información inconsciente que se denomina inconsciente preconsciente” (2007, p. 154). Es cierto que el cerebro es sitio de la mente, campo del proceso secundario que, según Freud, rige al sistema preconsciente, pero no al inconsciente.

La igualación preconsciente-inconsciente permite gestiones de gobierno y control a partir de fundamentos científicos basados en evidencia. Por ejemplo, en un aeropuerto de los Estados Unidos se hizo una

investigación para identificar -de acuerdo a la manera de hablar, a la mirada huidiza y al tono de la voz- a terroristas potenciales que atravesaban la aduana. Los investigadores practicaron una serie de estudios de neuroimágenes y observaron que había ciertas áreas del cerebro que se activaban, que consumen mayor flujo de oxígeno y glucosa en sangre cuando se tiene ese tipo de conducta. Como se había activado más la corteza prefrontal en determinados momentos y en otros desaparecía en lo manifiesto, pero se activaba el núcleo accumbens, zonas del mesencéfalo y diencefalo, se podía concluir que lo consciente está ligado a lo prefrontal y lo preconsciente-inconsciente al núcleo accumbens (Stagnaro, 2009).

Tal enfoque basado en evidencia borra la oportunidad de crear la propia realidad para cada sujeto. Como dice Castanet (2023), el psicoanálisis tiene un único medio, la palabra del analizante. Las neurociencias nos quieren mostrar los hechos y en eso se parecen a la histeria en tanto que les es común el hacerse ver, el mostrar las evidencias. Lacan dice que “el discurso científico y el discurso histérico tienen *casi* la misma estructura” (2012a, p. 549). Por el contrario, para el psicoanálisis los hechos no son asunto de la realidad, sino que se producen en el discurso de quien habla. “No hay otros hechos más que los que el *parlêtre* reconoce como tales diciéndolos. Solo hay hecho artificial” (Lacan, 2006a, p. 64).

Según Ibáñez (2017), la plasticidad neuronal se conoció en 1975. Lo nuevo que introducen estas neurociencias es su aplicación al inconsciente para cambiar su causalidad. La experiencia con los materiales maleables le ha enseñado al físico moderno que cuando un material plástico se modifica ya no vuelve a su estado anterior. Es decir, la referencia sería superable en términos de entrenamiento. Esta plasticidad aplicada al campo del sujeto sería decir que el sujeto podría alejarse del origen por la cualidad plástica de las neuronas, lo afirman: “más allá de lo innato y de cualquier dato de partida, lo que es adquirido por medio de la experiencia deja una huella que transforma lo anterior” (Ansermet y Magistretti, 2006, p. 20). Incluso, modificar lo contingente: “La plasticidad demuestra que la red neuronal permanece abierta al cambio y a la contingencia, modulable por el acontecimiento y las potencialidades de la experiencia, que siempre pueden modificar el estado anterior” (p. 20). Esto es: el sujeto podría participar activamente en la modificación de su origen y de su devenir.

Esta idea de modificación a partir de la experiencia va en contra de Freud que descubrió algo que en la experiencia justamente no se modifica, algo que se repite, invariante, inerte, de una vez y para siempre, que Lacan llamó goce. El goce es lo que no cambia, lo inmutable, lo estanco, porque corre por una vía distinta a la de lo simbólico (Miller, 2011). Se puede discutir si al final de un análisis el goce se transforma. Pero de entrada el goce es inercia. “Inercia es una palabra empleada por Lacan, es un término descriptivo para designar lo que no cambia en la experiencia” (Miller, 2006, p. 124). Por el contrario, las neurociencias nos quieren enseñar que nuestro cerebro está en permanente automodificación, que nunca somos el mismo cerebro, que nunca usamos el mismo cerebro dos veces, que es siempre cambiante, entonces ¿cómo explican las recurrencias y reiteraciones de los mismos pensamientos y acciones?

Si lo inconsciente estuviera en una región neurológica entonces una estimulación sináptica tendría que producir modificaciones en lo psíquico, algo que, como señala Yellati (2018), fue refutado por el famoso caso Phineas Gage en quien una estimulación (lesión) cerebral no produjo modificaciones en las funciones implicadas con el área estimulada. Si no ocurre siempre que una función se modifique por estimulación en la parte del cerebro con la que se relaciona ¿cuál es el valor de esta teoría de localización neurológica?

Esta perspectiva neurocientífica de localización del inconsciente en el entramado de estructuras cerebrales revela la pretensión de encontrar para eso un sitio. Una vez se haya encontrado ese sitio se podrá intervenir con fármacos o, al tener el objetivo, se puede saber qué entrenamiento aplicar para el desarrollo de esa área afectada, es decir la idea de rehabilitación neurológica. Esto supone que la terapia tiene que ser útil. La idea de eficacia terapéutica, de utilidad terapéutica, que va en una vía lineal hacia la curación. No hay otra alternativa que el bienestar. Es la idea del derecho a la salud mental.

En 1966 Lacan dice que el médico contemporáneo es convocado a responder a la demanda de salud mental, una demanda que tiene su raíz en el derecho a la salud y que se motiva ya en una organización mundial. Si la salud se hace pública se tratará de saber en qué medida es productiva. Se pregunta Lacan: “¿Qué podrá oponer el médico a los

imperativos que lo convertirán en el empleado de esa empresa universal de la productividad?” (1985, p. 99).

Lo que advierte Lacan es que cuando el enfermo va a consultar no pide tanto la curación, sino que, al colocar al médico ante la prueba de sacarlo de su condición de enfermo, implica que a esa condición se mantiene atado, viene a pedir que lo tratemos como el enfermo que eligió ser para pararse en su enfermedad. “Viene a veces a demandarnos que lo autentifiquemos como enfermo” (p. 91).

Lacan también advierte que el cuerpo está hecho para gozar. El médico, si quiere orientarse por el psicoanálisis, tiene que tener en cuenta que lo que se presenta a nivel del cuerpo es todo lo contrario a placer. De la pulsión de muerte formulada por Freud, Lacan formula el concepto de goce para captar algo de aquello designado por Freud como padecimiento y satisfacción. Goce es opuesto a placer (Laurent, 2020b). Si el médico rechaza esta dimensión natural su operación fundada en fotografías será aniquilada por tal naturaleza ignorada.

Pues lo que está excluido de la relación epistemo-somática es justamente lo que propondrá a la medicina el cuerpo en su registro purificado. Lo que se presenta de este modo se presenta como pobre en la fiesta donde el cuerpo brillaba recién con la posibilidad de ser enteramente fotografiado, radiografiado, calibrado, diagramado y posible de condicionar, dado los recursos verdaderamente extraordinarios que guarda, pero quizá también ese pobre le trae una oportunidad que le llega desde lejos, a saber, del exilio al que proscribió al cuerpo la dicotomía cartesiana del pensamiento y de la extensión, la cual elimina completamente de su aprehensión todo lo tocante, no al cuerpo que imagina, sino al cuerpo verdadero en su naturaleza. (Lacan, 1985, p. 92).

El mundo avanza hacia el modelo estadístico. La teoría cerebral del inconsciente es la plataforma sobre la que se apoya el modo actual de este médico integrado, convocado a responder a la demanda de salud mundial reducida a cifras. El poder del médico depende de colaboradores técnicos para tomar una posición ante la angustia creciente que deviene de sentirse llamado a responder por tal imperativo. Es decir, de sentirse llamado a responder al ideal de la salud mental. Somos testigo de

la proliferación de consejos para tener una vida sana. ¿Lo que se obtiene con el cumplimiento a estos consejos es una reducción del sufrimiento o supresión del dolor? La respuesta es no. Todo lo contrario. Es la paradoja que Freud (cit. Balzarini, 2023) encuentra en el superyó: mientras más el yo se somete al cumplimiento del ideal, más deviene el aspecto castigador del superyó; mientras más obediencia al ideal mayor es la culpa. Se trata de la satisfacción enlazada al castigo. Y es un aspecto central para la práctica clínica porque Freud dice que la conducta del ideal del yo decide la gravedad de una neurosis. La salud anímica depende de la manera en que se haya conformado este superyó. ¿Han reparado estas neurociencias en que este aspecto moral del superyó se ha entrometido sin saberlo en sus teorizaciones? Dall`Aglío (2020a) reconoce que las neurociencias, al negar la imposibilidad, al someterse al ideal de saber y de querer curar todo, despiertan este aspecto moral del superyó. La típica frase “con esfuerzo todo se puede” esconde que el esfuerzo es el velo de lo imposible.

... Y EL NUESTRO

La enseñanza de Lacan pasa por distintos estatutos del inconsciente que pueden inscribirse en dos ejes. Por un lado, un amplio arco diacrónico desde el inconsciente supuesto saber a lo real del inconsciente. Por otro lado, una tensión sincrónica en este concepto porque cualquiera sea el momento en que lo estudiemos se constata que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Esto se constata incluso en su última enseñanza cuando propone reemplazar el término inconsciente (*Unbewusst*), que hereda de Freud, por el neologismo *parlêtre*, denominación que condensa lo que él había aislado anteriormente: el sujeto como efecto del significante, la pulsión acéfala que rodea al objeto y el cuerpo gozante. Este último es el eje que abordaremos.

Lacan no solo celebró el acontecimiento que Freud introdujo a la altura de la ciencia, que fue elaborar el concepto y la función de lo inconsciente, sino que lo reinventó y desarrolló hasta sus últimas consecuencias que, sino, habrían pasado inadvertidas (Miller, 2013b). Ese desarrollo ha sido escandido por Miller (2000; 2011; 2013b) en tres tiempos que

permiten ordenar la enseñanza de Lacan. El primer tiempo podemos ubicarlo entre los años 1953 y 1963. El texto que lo abre es “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, la primera de tres conferencias que Lacan brinda en Roma que, como dice Miller (2013b), representa la primera puntuación que Lacan hace de Freud y que “consiste en especificar que la función de la palabra –sostenida por el campo del lenguaje– es la única operatoria en la práctica analítica” (p. 141).

Es el tiempo en que Lacan vuelve a Freud para decir que lo que Freud construye en torno al inconsciente transporta los términos hacia una simbolización. Al menos hasta el corte que introduce el Seminario 7 con *das Ding* Lacan se esfuerza en mostrar el carácter simbólico de conceptos que eran tratados por los analistas de la IPA como imaginarios. En este tiempo, inaugurado por Lacan como “Retorno a Freud” y nutrido por la formación en lingüística con Sartre, el inconsciente se trata de efectos de lenguaje, cuya lógica es el sujeto dividido por la separación entre significante y significado, de lo cual resulta el sintagma “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”.

Este sintagma significa que el inconsciente está estructurado por significantes en tanto primer paso de la alienación (ligada al S1) donde se produce la primera cadena significante. El sujeto consiente ahí a incluirse en la cadena significante del Otro, entonces el inconsciente habla. Si el inconsciente se estructura por palabras, si el sujeto aceptó ser hablado por Otro, para accederlo hay que hacer hablar. La perspectiva del psicoanálisis, como señala Grasser (cit. Miller, 2017), no es la observación, sino la aprehensión del fenómeno inconsciente “no solo como una estructura de palabras comandada por el significante, sino también como una estructura cuyo dinamismo sostiene al sujeto que se sirve del significante” (p. 169). Esto fue lo que Freud puso en evidencia con lo que aportó una contribución a un campo que nada tiene que ver con las ciencias biológicas.

Por esos años Lacan navegaba en el mismo esfuerzo que Freud: darle estatuto de ciencia al psicoanálisis. A diferencia de Freud, que lo intentó con las ciencias naturales, Lacan lo hizo con las ciencias conjeturales que, por apoyarse en el nivel inferencial, ofrecen un campo propicio para tratar con la subjetividad humana. En ese sentido la lingüística fue una disciplina que, por su formalidad como modelo explicativo, le permitió a

Lacan un soporte para desarrollar los avances en sus formulaciones teóricas y otorgarle al psicoanálisis cierto rigor científico (Gomez, 2016a).

Lacan empieza a estudiar a Saussure, un lingüista que estudiaba el lenguaje. Saussure sostenía un concepto de signo que definía al símbolo como una doble cara: significado sobre significante en donde para cada significado existe un significante que le corresponda estableciendo así un equilibrio código-mensaje retroactivo de lo que resulta la comunicación (Laurent, cit. Miller, 2013b).

Se ha utilizado la palabra símbolo para designar el signo lingüístico, o, más exactamente, el significante. El símbolo tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío: hay un rudimento de vínculo natural entre el significante y el significado. (Saussure, 1945, p. 89).

Entre significante y significado habría, para Saussure, un vínculo natural. Ambas caras van unidas de manera inequívoca, siendo la lengua la vía del significado con pleno conocimiento de las asociaciones que la conforman. Ninguna significación podría escaparse. Es un sistema de equivalencia recíproca; entre sus elementos hay una relación dual.

El signo lingüístico es, pues, una entidad psíquica de dos caras. Estos dos elementos están íntimamente unidos y se reclaman recíprocamente. [...] las vinculaciones consagradas por la lengua son las únicas que nos aparecen conformes con la realidad, y descartamos cualquier otra que se pudiera imaginar. (p. 92).

Lacan se da cuenta de que esta estructura recíproca del lenguaje le impide teorizar respecto de la clínica que atendía. “El valor de esta primera parte consiste exactamente en mostrar que es imposible manejar el lenguaje refiriendo término a término el signo a la cosa” (Lacan, 2012b, p. 365). Esa relación de reciprocidad que aprendió de Saussure no admite la falta en el sentido. No va de suyo que el significante se corresponda con el significado. Así, Lacan empieza a disipar la idea del lenguaje signo de Saussure donde el significante está unido al significado. Las abejas, por ejemplo, tienen un lenguaje signo, un código rígido, donde tres vueltas significa “hay miel en tal lugar”, no hay lugar al equívoco, no existe el día de los inocentes, no hay una abeja que haga un chiste, “mentira,

había nada”, no hay eso de fingir. Lacan rompe con esa idea, que es la idea de la estructura de la comunicación. Lo que hace es invertir los términos: significante sobre significado.

La inversión del significante por encima del significado permite dar cuenta de que el significante se concatena con otro, y hay lugar al equívoco. Un lenguaje signo estaría del lado de informar, pero el uso que Lacan hace del lenguaje es provocar un nuevo sentido. “Cuando uno se imagina que el inconsciente significa que lo que hay en un sujeto sirve para adivinar qué le corresponde en otro, está suponiendo una armonía primitiva, nada más y nada menos” (Lacan, 2008a, p. 51). Además, entre significante y significado Lacan engrosa la barra que los separa, pues el significado reprimido debe descifrarse. La elipse, que relacionaba de manera unívoca significante y significado con Saussure, queda eliminada. Conocemos esto como la primacía del significante sobre el significado que supone una diferencia radical entre ambos.

La lengua ya no podría decir todo. Hay falta en el saber, falta en el campo del Otro, de donde proviene el lenguaje, y es ahí, en lo simbólico, donde Lacan asienta el inconsciente. Esto lo lleva a reclamar que los analistas de la IPA estaban desviando el concepto de inconsciente al desatender el plano simbólico, donde ya Freud lo había ubicado, tentándose en llevarlo al plano imaginario. “¿Ecurriremos el bulto de lo simbólico por medio del cual la falta real paga el precio de la tentación imaginaria?” (Lacan, 2009h, p. 408), se pregunta Lacan denunciando el proceder de los analistas de la IPA. Como señala De la Mora (cit. Rosales, 2017), el propio Freud tenía diferencias con los psicoanalistas de la IPA, por ejemplo “no estaba de acuerdo en que a los analistas homosexuales se les negara la inclusión en la IPA” (p. 9).

Si prevalece lo imaginario la dirección de la cura toma la vía de la identificación con el ideal, es decir con el yo del analista. Después de la muerte de Freud para los analistas de la IPA la cura significaba que el paciente tenía que parecerse a su analista. De ese modo se detiene el análisis porque se ubica el analista en un plano que no le permite tratar, sino con el yo. Los pacientes se identificaban al ideal del yo del analista, copiaban estilos, gestos de su analista, lo imitaban. Pero Lacan no quería analizantes semejantes, decía “hagan como yo, no me imiten” (1988a, p. 81).

Desde el esquema R la orientación de la cura que propone Lacan no es por vía de la relación dual, del plano imaginario, entre a y a' , sino por la relación entre sujeto barrado y A. Es el primer Lacan, el de la primacía de lo simbólico: “el inconsciente es el discurso del Otro” (2012b, p. 137). No se sabe, sino al pasar por el Otro, desde donde provienen todas las determinaciones. El inconsciente es el discurso del Otro porque el sujeto se constituye por la falta de un significante en el Otro, y no por el espejo. Esa falta supone en el Otro un sujeto que desea, deseo del sujeto que es entonces el deseo del Otro. Por eso Lacan (2015) escribe el mensaje del inconsciente como falta de significante en el Otro: $S(\bar{A})$.

La cuestión se basa por entero en lo que ocurre en el Otro, en la medida en que éste es para el sujeto el lugar de su deseo. Ahora bien, en el Otro, en ese discurso del Otro que es el inconsciente, algo falta al sujeto. (p. 406).

El sujeto no sabe que quedó marcado por los avatares de la demanda. Tampoco sabe el mensaje que le llega de la respuesta a la demanda, mensaje en el cual se anuncia la respuesta a ¿qué cosa me quiere el Otro? La respuesta a esa demanda es un significante que representa al sujeto en la vida, que el sujeto escoge, un significante, especial, que resulta ser la vía obligada por la que su fuerza vital se mantiene pegada al inconsciente. La experiencia analítica muestra que en el nivel de los hechos el sujeto está capturado por una palabra que se extrae del campo del Otro. Con esa palabra el sujeto se encuentra, aunque de manera cifrada y por eso la desconoce. Este mensaje muestra “en efecto, que en el nivel de la cadena significante en cuanto tal, el sujeto está capturado en ese Otro que es el inconsciente, y que sin intervención de un Otro no hay acceso al inconsciente” (Lacan, 2010, p. 523). Se trata del “Otro con mayúscula, el lugar donde se articula la palabra inconsciente” (2008a, p. 121).

Vivimos en una sociedad profundamente solitaria en la que se machaca el “tú puedes”, “hazlo sin miedo”, “puedo solo/a” o el consejo social de hacerse una “escapada” a la montaña. Parece que la salud mental es buscar aire fresco, aire puro, descansar, una “escapada”, para encontrar un pequeño espacio de armonía. ¿La salud mental es sustraerse de los seres humanos que hacen a este mundo? ¿La armonía es la búsqueda de un espacio en un mundo que está hecho por el hombre, pero no para el hombre?

Lo que decae, así, es el pedido de ayuda. Admitir que me falta algo implica asumirme fallado. Eso es difícil en esta sociedad tan positivizada. Es un problema porque el inconsciente no prescinde del Otro. Si se prescinde del Otro ya no hay cómo hacer que alguien se haga responsable de su parte en aquello de que se queja. Es en el lugar del Otro que Lacan empezó por situar el discurso del inconsciente. Sin la introducción del Otro no hay inconsciente. La alteridad es incluso anterior al sujeto, está antes de su existencia, es lo que se transmite, se contagia en las palabras. Es difícil entender a alguien sin la introducción de la alteridad (Bassols, 2011; 2013).

Por esta introducción del Otro el adverbio “como”, en el sintagma “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, resulta fundamental. Lacan no dice el inconsciente es un lenguaje, porque sino comunicaría, y lo que Freud encuentra es que a medida que las asociaciones se aproximan al nudo patógeno la resistencia opera con mayor intensidad (Lacan, 2012b). La comunicación no existe porque el nudo patógeno supone no todo comunicable. La lógica del significante remite a ningún significado. Lacan dice que la esencia del significante es no terminar con la cosa. No puede significarse a sí mismo, sino a partir de otro, por lo cual necesita permutar y que el sentido se establezca a posteriori. El sujeto es lo que permanece entre los significantes, está reprimido, mientras el significante significa no-todo, revelando una escisión en el sistema simbólico. Por eso Lacan dice que “el inconsciente es en el sujeto una escisión del sistema simbólico” (2012b, p. 290).

En su fondo, el inconsciente está estructurado, tramado, encadenado, tejido de lenguaje. Y el significante no sólo desempeña en él un papel tan importante como el significado, sino que desempeña el papel fundamental. En efecto, lo que caracteriza al lenguaje, es el sistema del significante en cuanto tal. (2009i, p. 171).

Freud se da cuenta que en el lenguaje hay palabras que suenan parecido, hay sonidos de las palabras que son homófonos, y que tienen relación con lo inconsciente. Es lo que se puede ubicar en el caso Elizabeth o en la lógica que demuestra el olvido del nombre del pintor del fresco de la catedral de Orvieto, Signorelli. Esto permite entender el puente que Lacan tiende entre lo inconsciente y la lingüística. Es el primer tiempo en

donde Lacan enfatiza la autonomía simbólica, es decir la hendidura que origina el campo del sujeto.

Por eso, es a las estructuras del lenguaje, tan manifestamente reconocibles en los mecanismos primordialmente descubiertos del inconsciente, a las que regresaremos para reanudar nuestro análisis de los modos bajo los cuales la palabra sabe recubrir la deuda que engendra. (Lacan, 2010, p. 409).

El significante, con astucia, hace desaparecer al sujeto. De ahí que un sujeto es aquel que no sabe lo que dice, cuando claramente algo se dice en la palabra que falta. Y el inconsciente “representa mi representación allí donde ella falta, donde no soy más que una falta de sujeto. De allí el término en Freud: representante de la representación” (2012f, p. 360). Lo cual incluye siempre una pérdida en tanto que lo representado siempre traiciona al original. En tal sentido de división es que Lacan afirma que “el inconsciente es tal como Freud lo describió, un retruécano” (2009k, p. 172). El retruécano en literatura es una figura retórica que consiste en la contraposición de dos frases formadas por las mismas palabras con el orden invertido, con el fin de que presenten un significado contradictorio. Por ejemplo, «ni son todos los que están, ni están todos los que son». A esto Lacan lo usa para pensar lo inconsciente. Por efecto de la división subjetiva la palabra del sujeto se presenta en una contraposición de sentidos. La palabra, pues, tiene un doble nivel: expresión y revelación. Si el inconsciente se revela, mediante una deformación o una distorsión, nunca se expresa. Sería decir que el discurso del sujeto jamás alcanza esa palabra plena en la que debería expresarse su fundamento inconsciente (Lacan, 2012b).

Los mecanismos de condensación y desplazamiento quedan entonces al servicio del significante, metonimia y metáfora, otorgándole estatuto al inconsciente con las leyes lingüísticas que componen el discurso. Dichos mecanismos provocan distorsiones, transposiciones, sustituciones de palabras. La idea de Lacan (2009a) en este tiempo es que por vía del desciframiento el método psicoanalítico le devolvería al sujeto su mensaje olvidado, con un sentido que recupere la verdad censurada de su historia. Esta idea da cuenta de la separación entre significante y significado que resulta del estatuto del inconsciente estructurado como un lenguaje.

Cuando nos habla del inconsciente, Freud no nos dice que esté estructurado de cierta forma, pero aún así nos lo dice, porque las leyes que propone, las leyes de composición de dicho inconsciente, coinciden exactamente con algunas de las leyes de composición más fundamentales del discurso. (2010, p. 70).

El inconsciente produce formaciones que saben hacer con el agujero traumático. Las formaciones del inconsciente para Freud pertenecen a lo que con Lacan llamamos registro del significante. Esas formaciones son las estrategias que un sujeto ha encontrado para hacerle frente al avance del Otro. Es por eso que Freud nos enseña que tales formaciones, como el síntoma, tienen un valor y una función importante para el sujeto, permiten andar en la vida porque protegen al sujeto de la angustia.

De manera que las formaciones del inconsciente desde el psicoanálisis no se corrigen, no se adaptan a una idea de bienestar o de bien hacer. Se trata de proteger al sujeto de las buenas intenciones y prevenciones de las cuales el sujeto en la era de las neurociencias es objeto. En el lugar de objeto, aclaremos que no es el lugar de objeto al cual el sujeto llega al final del análisis. Cuando decimos que al final del análisis hay un atravesamiento del fantasma, lo que se atraviesa es la creencia en la existencia de la relación entre objeto a y el ideal, se atraviesa, se va más allá de la confianza que el sujeto tuvo, sobre la cual armó toda su vida, en la correspondencia entre objeto perdido y el ideal, la creencia de que se puede completar al Otro, que es una creencia que mantiene el nivel de sujeto, sujeción al servicio de la falta en el Otro. Ese atravesamiento brinda no la felicidad, sino una experiencia distinta, a veces por instantes, queda el goce separado del ideal, el incurable con el cual se supo hacer algo bajo la creación sintomática.

La sujeción a las teorías del cerebro, sujeto adaptado a respuestas que no son propias, sino impuestas por las buenas razones que son perfectamente conformistas, es un modo de objeto, pero no atravesando el fantasma, sino objeto de la invasión del goce del Otro. Sujeto que no formula su deseo, adaptado a las buenas razones, sometido a un calvario, llevado hacia el peligro de una extrema robotización que le promete siniestras alucinaciones y le prohíbe su dimensión distintiva, la del ser hablante.

Para esta perspectiva el sujeto es alguien que tiene que aprender y tiene que colaborar. En su revés, Freud propuso que el sujeto es quien sabe. El sujeto sabe cómo hacer frente al agujero del miedo. Por la boca de cada sujeto Freud escuchó la forma en que la bestia de la angustia dejó oír su voz en el síntoma producido. El decir del sujeto que Freud supo leer en las escrituras del inconsciente permite entender la marca de una herida y la construcción de un borde en el corazón mismo del sujeto. De manera que las formaciones del inconsciente se vuelven compañías o síntomas de una angustia desbordante. Por eso, a un sujeto que viene con su sufrimiento, con su queja, con su delirio, con ese elemento fijo y estabilizador, no le vamos a enseñar a vivir sin eso, no lo vamos a educar, como saben hacer los neurocognitivistas. El psicoanalista no es un jefe que pide al sujeto que se entregue al saber del amo, no le mete cosas al sujeto que consulta, no le da de comer, sino que le hace escupir. En vez de comer saber, que lo expulse.

El psicoanálisis incita a sustituir este modelo oral de la transmisión del saber por una referencia anal. Esta siempre exige al sujeto que se vacíe por dentro, que suelte lo que le pertenece como propio, que se purifique del desecho que contiene. (Miller, 2017, p. 23).

El que enseña es quien habla, y quien habla es el sujeto. Quien tiene el saber es entonces el sujeto. Quien está dispuesto a hablar, a dar a conocer su saber respecto de la manera en que encontró un funcionamiento, ese que está dispuesto a dar su consentimiento sobre su saber inconsciente, es alguien en posición de enseñar. Para eso es preciso que el psicoanalista sea quien no sabe o bien que el paciente sea quien sabe más de lo que le supone al terapeuta, atontado por su educación acabada en los títulos obtenidos.

Quien acude a un psicoanalista acaba de experimentar en su vida la confrontación con un extraño sentir que lo amenaza. La angustia es un afecto, patético, que se experimenta, se siente, es insoportable, es real, no tiene marco simbólico, por eso dice Lacan a un sujeto que viene angustiado no lo vamos a interpretar, sino que vamos a ayudarlo a enmarcar su angustia, que el sujeto le dé sentido, el significante permite hacer que ese real no sea insoportable.

La tarea del psicoanalista entonces no es intentar que el sujeto pueda vencer sus síntomas. El síntoma, como todas las formaciones del inconsciente, pertenecen al registro que llamamos significante. Las formaciones del inconsciente no son angustia, sino elucubraciones de saber sobre lo que a un sujeto le angustia, son su armadura significante. A veces se trata de producir con el sujeto una formalización del síntoma, una respuesta ante lo real, donde a veces no lo hay. Pero cuando lo hay no estamos allí para posibilitarle vencer sus síntomas. Hacerlo sería entregar al sujeto a la adaptación. ¿Puede dar resultados? sí, pero provisorios porque no son acordes a la invención relativa al saber del propio sujeto.

A veces recibimos en las consultas sujetos que nada los para, nada los preserva ante el poder aplastante de la pulsión. Sujetos que saltan, corren, vuelan, escalan, nada parece detenerlos, nada es imposible para ellos, no manifiestan miedo alguno, están totalmente entregados a la erección de lo vivo hasta que la no erección de lo vivo hace síntoma, hasta que una defensa se erige ante la angustia que, por medio del síntoma, supone un fracaso para extraerse del goce del Otro (Cottet, 2017; Miller, 2017).

De esta manera las formaciones del inconsciente tienen la función de detener el recorrido comandado por la pulsión; están para proteger al sujeto del peligro, del encuentro con la angustia; vienen a producir una metáfora que domestica el exceso del Otro, la invasión de goce. Si no están las formaciones del inconsciente se realiza directamente el agujero con toda su dimensión ilimitada. De manera que el inconsciente estructurado como un lenguaje es la idea de sostener el síntoma en tanto que el psicoanálisis es una práctica que se sitúa en el revés de toda intención normativizante.

Luego de estas consideraciones podemos leer la operación de lectura que en 1964 Lacan hace y que lleva a reinventar el concepto freudiano de inconsciente. Lo inconsciente no abandona su relación con la cadena de significantes, pero ahora coincide con el cuerpo al ser alineado al movimiento de la pulsión en torno a las partes erógenas. Reducido a una boca, a un ano, a un ojo, a un oído, al hueco de la pulsión, para demostrar la alianza entre significante y cuerpo. En este cambio epistémico el concepto de pulsión es definitorio. Lo inconsciente es no ordenado, tem-

poral, se abre y se cierra, de manera fugaz. Este modelo del inconsciente pulsátil es el que Lacan tomará hasta el final de su enseñanza (Miller, 2011; Cosenza, 2020).

Ya no se trata de lo que falta, de lo que no se tiene, del conocimiento que no se tiene, de la memoria que no se tiene que da pie a la idea de rehabilitación o compensación, sino de lo que todavía no es o es en potencia (Miller, 2021d). Lo que es en potencia no significa que no existe, significa que cuenta con el vacío. Vacío que no implica inexistencia, sino que incluye no-todo. Con el agujero no sirve la sustitución. Al agujero se trata de sostenerlo para hacer diferentes construcciones. Como tal, lo inconsciente no admite una relación armoniosa de la especie “término a término” porque no queda del lado de los efectos del significante, en cambio el inconsciente de las neurociencias se reduce a la ligadura. Definitivamente no admiten lo evasivo.

Cabe mencionar que hay posturas en el propio neuropsicoanálisis lacaniano que reconocen la imposibilidad de la combinación. Por ejemplo, Blass y Carmeli (2007) o el propio Redmond (2015) que sostiene que si bien el concepto freudiano de inconsciente puede demostrarse con bases neurocientíficas, no ocurre lo mismo con el concepto lacaniano de sujeto del inconsciente, ya que la idea de Lacan de un sujeto dividido, caracterizado por un vacío, se opone a una forma sustancial o identidad esencial, y resulta en que un neuropsicoanálisis lacaniano es insostenible. Así este concepto de inconsciente pulsátil propone dificultades a las neurociencias.

Miller (2011) señala que la orientación que Lacan tomará hasta el final de su enseñanza es la del inconsciente pulsátil, dicho por Cosenza (2020), el inconsciente es la pulsión. Que lo inconsciente es la pulsión significa que está fragmentado en objetos *a* que vienen al lugar de los pequeños huecos del cuerpo (Miller, 2011). Es la manera que encuentra Lacan de ubicar algo del goce en lo inconsciente. El inconsciente pulsátil no obedece a reglas fijas, no se adapta a tiempo pautado, no es posible planificar el tiempo de una sesión de antemano, y el encuadre es inserrible. Encuadre es una palabra que tomó mucha prensa, pero que Freud nunca utilizó.

Así, el concepto de inconsciente del lado de la pulsión es re introducido en la teoría psicoanalítica como un corte radical en lo real por el

significante. La sesión de tiempo variable se adecúa a este inconsciente pulsátil, temporal, que se abre y se cierra, porque esas aberturas no coinciden con el tiempo estándar. Freud mismo va a buscar el inconsciente en las fisuras. Solo ahí es posible hipotetizar la existencia del inconsciente que se realiza sin previo aviso. Ahí donde el sujeto dijo algo que el paciente no quiso, “cuando quiere decir una palabra y dice otra, cuando quiere escribir una cosa y escribe otra, cuando quiere ir a un lado y desemboca en otro” (Brodsky, 1999, p. 36).

Tropiezo, falla, fisura. En una frase pronunciada, escrita, algo viene a tropezar. Estos fenómenos operan como un imán sobre Freud, y allí va a buscar el inconsciente. Allí, una cosa distinta exige su realización, una cosa que aparece como intencional, ciertamente, pero con una extraña temporalidad. Lo que se produce en esta hiancia, en el sentido pleno del término *producirse*, se presenta como *el hallazgo*. Así es como la exploración freudiana encuentra primero lo que sucede en el inconsciente. (Lacan, 2013, pp. 32-33).

Lo inconsciente aún no es. Al presentarse por sorpresa se vuelve hallazgo cada vez mientras sea señalado por el analista. El sujeto no sabe a dónde ubicarse, está indeterminado. Lo pulsátil irrumpe de manera que, lo que allí se encuentra, es un acento tan particular, que constituye la dimensión de lo incalculable, de lo invaluable, volviéndose a perder: “este hallazgo, en cuanto se presenta, es re-hallazgo y, además, está siempre dispuesto a escabullirse de nuevo, instaurando así la dimensión de la pérdida” (p. 33). Lo inconsciente concebido a partir de procesos de combinación significativa cambia porque ahora se asienta en la hiancia para referirse no solo a las fallas de la palabra, sino a la apertura que no puede del todo cerrarse, que señala el hueco donde la pulsión encuentra su puerto de salida. Lo inconsciente es ahora sitio de satisfacción donde se fija la fisura que el lenguaje provoca entre el sujeto y el objeto libidinal. Un hueco que coincide con la falla del significativo que intenta ser cubierto por un objeto con el que el sujeto tiene relación ($\$ \langle \rangle a$), pero siempre inadecuada, pues “el inconsciente es lo evasivo” (p. 40).

Articulé el inconsciente como algo que se sitúa en las hiancias que la distribución de las inversiones significantes instaura en el sujeto, figuradas en el algoritmo como el rombo [$\langle \rangle$] que coloco en el centro de toda relación del inconsciente entre la realidad y el sujeto. Pues bien,

la pulsión desempeña su papel en el funcionamiento del inconsciente debido a que algo en el aparejo del cuerpo está estructurado de la misma manera, debido a la unidad topológica de las hiancias en cuestión. (p. 188).

Hay algo en el cuerpo que está estructurado de la misma manera que el inconsciente, algo en el cuerpo puede ser aparejado al inconsciente. Por su dimensión pulsátil el inconsciente ahora está en relación con el cuerpo. Y esto es ya un preludeo de la noción de cuerpo hablante del final de su enseñanza. Lo inconsciente no abandona su relación con la cadena de significantes, pero ahora coincide con el cuerpo al ser alineado al movimiento de la pulsión en torno a las partes erógenas (Miller, 2000).

Freud nos dice a veces que en las formaciones del inconsciente aparece algo que se llama la sorpresa. Es conveniente tomarla no como un accidente de ese descubrimiento, sino como una dimensión fundamental de su esencia. El fenómeno de la sorpresa tiene algo de originario. (Lacan, 2010, p. 96).

Freud sitúa el surgimiento de la sorpresa como encuentro en el nivel del inconsciente. De tal sorpresa surge un acontecimiento que Lacan denomina Un-cuerpo. Al goce se accede por estos acontecimientos, indica Miller (2000), por vía de estos objetos fragmentados, que vienen, de sorpresa, a un lugar borde. El inconsciente ahora es pulsión que comanda la investidura de partes corporales que se abren y se cierran. No se queda, es parcial y evasiva, lo que da su aspecto evanescente.

La función del inconsciente, es la ranura por donde ese algo, cuya aventura en nuestro campo parece tan corta, sale a la luz un instante, sólo un instante, porque el segundo tiempo, que es de cierre, da a esta captación un aspecto evanescente. (Lacan, 2013, p. 39).

Esta evanescencia está a nivel del discurso. El sujeto echa a rodar su discurso, viene con el sentido cuando de pronto algo irrumpe, algo aparece en la forma de la discontinuidad, quizá hasta se estremece por lo que se escucha decir, quizá llora por lo que se encuentra diciendo o simplemente se equivoca mientras habla y busca corregirse rápidamente pues algo se manifestó como vacilación, algo se atuvo a una escansión que refiere a lo real y por ello no se rinde tan fácilmente a la comprensión.

Lo inconsciente se define por su relación con lo real, causa del significado del sujeto, y “entre la causa y lo que ella afecta, está siempre lo que cojea” (Lacan, 2013, p. 30), “como si todo lo que por un instante aparece en su ranura estuviese destinado, en función de una especie de cláusula de retracto, a volver a cerrarse, según la metáfora usada por el propio Freud, a escabullirse, a desaparecer” (p. 51). Así, Lacan pone de relieve la dimensión del objeto *a*, como ese resto que se aísla que empalma con un real: “el inconsciente nos muestra la hiancia por donde la neurosis empalma con un real” (p. 30). Lo que Lacan llama objeto *a* no es un significante porque no responde a la ley de representar el sujeto por otra cosa. Lacan vincula el concepto de lo inconsciente a la dimensión de un resto ligado a la pulsión y a los huecos del cuerpo. “El *inconsciente*, mantenido según nuestro discurso inaugural como efecto del significante, y estructurado como un lenguaje, fue aquí retomado como pulsación temporal” (Lacan, 2012g, p. 206).

A decir verdad, esta dimensión del inconsciente que evoco estaba olvidada, como Freud lo había previsto muy bien. El inconsciente se había vuelto a cerrar sobre su mensaje gracias al celo de esos activos ortopedistas en que se convirtieron los analistas de la segunda y tercera generación, que se dedicaron a suturar esta hiancia, psicologizando la teoría analítica. (2013, p. 31).

Lacan vuelve a abrir la hiancia que había sido suturada por los posfreudianos. Ya no se trata del inconsciente que puede recuperarse vía metáfora y metonimia, pero su carácter de reprimido lo impedía. No se trata de lo que se tiene reprimido, sino de lo que todavía no es. El inconsciente ya no es algo que está ahí, preexistente, entonces el análisis busca esos efectos que el inconsciente produjo, va levantando la represión para enterarnos de lo que era el inconsciente. Eso cambia con Lacan para quien el inconsciente está del lado de la discontinuidad, se abre y se cierra y lo hace de un modo inesperado, es no realizado, es decir no está formado todavía, sino que se va a realizar en el análisis.

No hay nada más esencial que formarse, habituarse a esta noción de que el inconsciente es todo en potencia. Según se plantee esto o, por el contrario, se piense que el inconsciente es una reserva de cosas que ya están ahí en acto, se obtienen dos orientaciones distintas de la expe-

riencia, concepciones distintas de lo que finalmente se puede esperar de él. (Miller, 2021d, 196).

La concepción de que el inconsciente es una reserva de cosas que ya están ahí es la que hemos presentado de las neurociencias. En cambio, la noción de lo inconsciente todo en potencia es la que hemos presentado del psicoanálisis. Por eso para Lacan “el lenguaje no está localizado en el sistema nervioso” (Bassols, 2011a, p. 128). El lenguaje precede al sujeto en su existencia entonces no puede estar en un órgano del cuerpo. El lenguaje no está en la materialidad en la que encarna el sujeto, en la realidad física, no está ahí, está fuera, está en el campo del Otro. “El lenguaje no puede ser de ningún modo un órgano neuronal (...) El problema del lenguaje es insoluble de este lugar del Otro que precede al sujeto en su nacimiento” (p. 92). Este lugar del Otro es donde Freud empezó por situar el discurso del inconsciente (Lacan, 2012b).

A los analistas les interesa la relación entre lo real y el despertar. Ese interés nos movió a tomar apoyo en el Seminario 11 para demostrar las diferencias entre paradigmas. Esto se puede ejemplificar con la vida cotidiana. Cuando uno está durmiendo y de repente tiene una pesadilla, decimos que se produce allí un contacto con lo real y que ese real es la causa del despertar. Pero también cuando nos despertamos y nos encontramos con la misma realidad de siempre en cierto sentido nos dormimos (Chamorro, 2019). El deseo de despertar va contra la repetición. Como señala Stecco (2020), Freud fue más allá de lo descifrable del sueño, despertando al psicoanálisis del sueño del sentido y del todo interpretable. Desde entonces el psicoanálisis no puede dedicarse al ciframiento. De modo que la intención de Freud se situaba del lado del despertar. Lo que despierta es la oportunidad de tener que hacer algo con lo fuera de sentido. Y eso no es posible en el sueño de estas neurociencias.

Lo que se espera de un análisis es que despierte. El despertar interrumpe el estado de dormir. La práctica del psicoanálisis es una práctica reducida a la escansión, “debe tener como meta el despertar, en el sentido de la emergencia de lo real” (Acosta, 2020, p. 31). Es lo contrario a lo que proponen estas neurociencias, una práctica reducida a la continuación.

CONCLUSIÓN

Se ha demostrado la hipótesis de partida: el concepto de inconsciente de las neurociencias psicoanalíticas no tiene relación con el concepto de inconsciente del psicoanálisis de orientación lacaniana. Con la lectura de Lacan pudimos demostrar que las posturas tendientes hacia la integración del inconsciente en la neurobiología harían que las variantes de la praxis psicoanalítica se refieran a una adaptación de la cura sobre la base de criterios empíricos, clasificatorios, semejantes y normativos, lo cual significaría la abolición del psicoanálisis en lugar de su “salvación” por la vía de hacerlo científico, que es lo que pregonan.

Iniciamos con la intención de saber en manos de quién iba a quedar el tratamiento de lo inconsciente, si del lado de los grandes neurocientíficos o del lado de los practicantes del psicoanálisis de orientación lacaniana, y terminamos encontrando que la discusión no pasa tanto por las diferencias entre psicoanálisis y neurociencias, sino por lo que es psicoanálisis y lo que no lo es.

Así como lo hemos presentado el movimiento de integración del inconsciente en la materialidad biológica está avanzando. La comunidad psicoanalítica necesita analistas con suficiente formación en la Escuela de Lacan para alojar lo singular del deseo de saber que vive en cada ser hablante y protegerlo de la tendencia armónica de masas, para agujerear el discurso del amo y la escalada de las neurociencias, sobretodo ahora que el cognitivismo ha llegado al Parlamento. Un día nos vamos a levantar y el psicoanálisis va a estar prohibido. De tal manera, el aporte diferencial de este trabajo ha sido aparecer como un núcleo de resistencia ante el peligro que conllevan estas tendencias homogeneizantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acosta, S. (2020). *Die Traumdeutung*, entre el deseo de dormir y el despertar. En *Scilicet* El sueño. Su interpretación y su uso en la cura

- lacaniana. Publicación en razón del XII congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Buenos Aires: Grama.
- Ansermet, F. y Magistretti, P. (2006). *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*. Buenos Aires: Katz.
- Bassols, M. (2011a). *Tu yo no es tuyo*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Bassols, M. (2011b). Las neurociencias y el sujeto del inconsciente. Conferencia pronunciada en Granada. Instituto del Campo Freudiano. Recuperado <http://www.icf-granada.net/2012-04-04-08-33-03/videos/83-las-neurociencias-y-el-sujeto-del-inconsciente>
- Balzarini, M. (2023). Vigencia del concepto freudiano de Superyó en la clínica actual. En Revista Digital *Escritos de Posgrado*, edición N° 6. ISSN 2796-891X. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario. Recuperado 5/4/2023 de: <https://escritosdeposgrado-fpsico.unr.edu.ar/ojs/index.php/escritosdeposgrado/issue/view/9/8>
- Bazan, A. (2011). Phantoms in the Voice: A Neuropsychanalytic hypothesis on the structure of the unconscious. En *Neuropsychanalysis*, 13 (2), 161-176.
- Bassols, M. (2013). La vigencia del psicoanálisis. Entrevista por Bordon, J.M. en Revista *Noticias*. (pp. 118-120). Centro de investigación y docencia en psicoanálisis. Lima. Recuperado http://www.enapol.com/images/Prensa/13-12-06_Entrevista-a-Miquel-Bassols.pdf
- Kuhn, T. (1964). Posdata. En *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de cultura económica.
- Beck, A., Rush, J. Shaw, B. y Emery, G. (1983). *Terapia cognitiva de la depresión*. Bilbao: Desclee de Brouwer.
- Blass, R., y Carmeli, Z. (2007). The case against neuropsychanalysis: On fallacies underlying psychoanalysis latest scientific trend and its negative impact on psychoanalytic discourse. *International Journal of Psychoanalysis* 88,19-40.
- Brodsky, G. (1999). *Fundamentos 1. Comentarios del Seminario 11*. Cuadernos del ICdeBa (Instituto Clínico de Buenos Aires). Buenos Aires: Grama.

- Castanet, H. (2023). *Neurología versus psicoanálisis*. Buenos Aires: Grama Navarin.
- Chamorro, J. (2019). *Un final inexorable*. Buenos Aires: Grama.
- Cosenza, D. (2020). El exceso en el cuerpo del hablanteser. Declinaciones y derivas en la clínica contemporánea. Conferencia. Recuperado el 16/9/2020 de: http://www.eol.org.ar/agenda/evento_escuela.asp?Evento=976/Conferencia-de-Domenico-Cosenza
- Cuñat, C. (2019). El paradigma neurocientífico y el imaginario social. En *Freudiana* (86) “Inconsciente y cerebro: nada en común”. ELP de la EFP miembro de la AMP. Catalunya: Repro Disseny.
- Dall`Aglío, J. (2020a). No-Thing in common between the unconscious and the brain: on the (im)possibility of Lacanian Neuropsychanalysis. En *ResearchGate, Psychoanalysis Lacan*, 4. Recuperado 15/4/23 de: <https://researchgate.net/publication/342870600>
- Dall`Aglío, J. (2020b). Sex and prediction error, part 2: *jouissance* and the free energy principle in neuropsychanalysis. En *Japa*, 69 (4), pp. 715- 741. DOI: 10.1177/00030651211042377
- Davidovich, M. y Winograd, M. (2010). Psicoanálisis y neurociencias: un mapa de los debates. En *Psicologia em Estudo* (15), n. 4, p. 801-809, Maringá, Brasil.
- Dehaene, S. (2015). *La conciencia en el cerebro. Descifrando el enigma de cómo el cerebro elabora nuestros pensamientos*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Ellis, A. (2000). *Vivir en una sociedad irracional: Una guía para el bienestar mediante la terapia racional-emotivo-conductual*. Barcelona: Paidós.
- Gómez, M. (2016a). *Del significante a la letra. La semiótica de Peirce en el discurso lacaniano*. Córdoba, Argentina: Alción.
- Ibáñez, A. (2017). ¿Qué son las neurociencias? Noche de la EOL. En *e-Mariposa* (10). Temas de psiquiatría y psicoanálisis. Revista del Departamento de Estudios sobre Psiquiatría y Psicoanálisis (ICF-CI-CBA). Buenos Aires, Grama, 25-31

- Johnston, A. (2013). Drive between brain and subject: an immanent critique of Lacanian neuropsychanalysis. *The Southern Journal of Philosophy*, 51 (Spindel Supplement), 48-84. ISSN 0038-4283, online ISSN 2041-6962. DOI: 10.1111/sjp.12019.
- Kandel E. (2001b). The molecular Biology of Memory Storage: a dialogue between Genes and Synapses. En *Science*, 294, pp. 1030-1038.
- Kandel, E. (2007). En busca de la memoria. El nacimiento de una nueva ciencia de la mente. Buenos Aires: Katz conocimiento.
- Kandel, E. (2009a). Aspiraciones de la biología para un nuevo humanismo. En E. Kandel (comp.) *Psiquiatría, psicoanálisis, y la nueva biología de la mente*. Tercera edición. España, Barcelona: Ars Medica.
- Kandel, E. (2018). *The Disordered Mind*. Nueva York: Farrah, Strauss y Giroux.
- Kandel, E., Schwartz, J. y Jessell, T. (2001) *Principios de neurociencia*. Cuarta ed. España: McGraw Hill Interamericana España.
- Lacan, J. [1966] (1985). Psicoanálisis y medicina. En *Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. [1975-1976] (2006a). El Seminario. Libro 23. *El sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1969-1970] (2007). El Seminario. Libro 10. *La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1956-1957] (2008a). *El Seminario. Libro 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1953] (2009a). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Sigloveintiuno.
- Lacan, J. [1955] (2009h). La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Sigloveintiuno.
- Lacan, J. [1955-1956] (2009k). *El Seminario. Libro 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (2009i). Contraportada. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. [1957-1958] (2010). *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1973] (2012a). Televisión. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1953-1954] (2012b). *El seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1965] (2012c). Acto de fundación. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1966] (2012f). Respuestas a estudiantes de Filosofía. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1965] (2012g). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1964] (2013). *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1958-1959] (2015). *El seminario. Libro 6. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1974] (1988a). La tercera. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- Laurent, E. (2020b). El nombre y la causa. Conicet y UNC. Córdoba: IIPsi Instituto de Investigaciones Psicológicas
- Miller, J.-A. (2000). Los seis paradigmas del goce. En *El lenguaje. Aparato del goce*. (Tendlarz, S. comp.). Buenos Aires: Diva.
- Miller, J.-A. [1987] (2006). Introducción al método psicoanalítico. Buenos Aires: Eolia-Paidós.
- Miller, J.-A. [1998-1999] (2011). Paradigmas del goce. En *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. [2000-2001] (2013b). *El lugar y el lazo*. Buenos Aires: Paidós.

- Miller, J.-A. [2006-2007] (2014b). *El ultimísimo Lacan*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2017). *Los miedos de los niños*. Buenos Aires: Grama.
- Miller, J.-A. [1984-1985] (2021d). 1, 2, 3, 4. Buenos Aires: Paidós.
- Redmond, J. (2015). Debating the subject: Is there a Lacanian neuro-psychoanalysis? *Psychoanalysis Lacan*, 1. Recuperado el 9/5/23 de: https://lacancircle.com.au/wp-content/uploads/2020/09/Debating_the_subject.pdf
- Rosales, J. (2017). *La valía de la escritura testimonial para la enseñanza psicoanalítica*. Querétaro, México: Fontamara.
- Saussure, F. (1945). *Curso de lingüística general*. 24ª ed. Traducción: Amada Alonso. Buenos Aires: Losada.
- Simonet, P. (2019). Claridad hipnótica del cerebro. En *Lacan cotidiano. Para Pipol* 9. Revista de Psicoanálisis (824). BOLC.
- Stagnaro, J. (2009). “Psiquiatría y neurobiología: el arte de curar y la ciencia del cerebro en crisis paradigmática”. En *Jacques Lacan y los matemáticos, los lógicos y los científicos*. Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Stecco, C. (2020). El ombligo del sueño. Un im-poético. En *Scilicet* El sueño. Su interpretación y su uso en la cura lacaniana. Publicación en razón del XII congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Buenos Aires: Grama.
- Yellati, N. (2018). Lo que el psicoanálisis enseña a las neurociencias. Buenos Aires: Grama.